

Construcción de la Hombría en *Sab* (1841) de Gertrudis Gómez de Avellaneda

ALLEN GUILLERMO RIVAS PRADO, ASBURY UNIVERSITY

La figura de Gertrudis Gómez de Avellaneda y el carácter precursor, feminista y antiesclavista de su novela *Sab* (1841) ha servido de paradigma al programa social de la Revolución cubana. De hecho, la índole antiesclavista que se le atribuye a *Sab* “anticipates [the] Cuban political discourse more than a century later when Castro-led Revolution came to be represented as the latest episode in a long liberation struggle of which nineteenth-century slave revolts were an early manifestation” (William 168). Pero, si bien Gertrudis Gómez de Avellaneda representa para los cubanos la justicia social, la libertad individual y la igualdad de géneros, existe una opinión mixta de la crítica sobre estos aspectos (Torres-Pou; Stein; Gomariz; Girona Fiblas; Cass; Casanova-Marengo; Luis; Sommer; Rodríguez; Pastor; Williams). Con respecto a la construcción y a la relación de los géneros en su obra, sobre todo en la novela *Sab*, existe una abundancia de trabajos que abordan lo femenino, algo positivo por la crítica que la autora hace al trato que se le daba a la mujer y al esclavo en la Cuba decimonónica. No obstante, este exceso de atención a lo femenino ha descuidado a la vez la cuestión masculina. En un intento de llenar el vacío existente sobre la importancia que tiene el aspecto masculino en esta obra, el cual es fundamental para conocer de una manera más holística la trascendencia del género en esta novela de Gómez de Avellaneda, este ensayo se propone mostrar como el esclavo *Sab*, al oponerse a los estándares hegemónicos masculinos característicos del sistema esclavista y patriarcal en Cuba, no sólo construye su hombría desde su posición marginal, sino que también pone al descubierto las contradicciones inherentes de la masculinidad hegemónica.

En lo referente a estudios de género, varios críticos han cuestionado el carácter feminista y antiesclavista que se le atribuye a la novela *Sab* y a su figura autorial. Joan Torres-Pou señala que tanto el feminismo como el antiesclavismo de la novela es cuestionable porque la autora peca de poca claridad e indeterminación (como lo muestra el personaje de Teresa) en asumir a la esclavitud como un sistema justo o injusto. El feminismo que promueve Gómez de Avellaneda tampoco ofrece una solución precisa desde “un plano social real” (Torres-Pou 59), sino más bien idealizado, puesto que se limita a mostrar solamente los problemas de la mujer

burguesa y porque la queja de la autora no ofrece ninguna sugerencia concreta para el cambio. Susan Isabel Stein reconoce que aunque el romanticismo rebelde que caracteriza a *Sab* critica el sistema esclavista y patriarcal, la protesta de la autora no sobrepasa los límites de un utopismo burgués femenino, ya que “*Sab* protects the status quo rather than promoting the possibility of real transformation” (153). En lo que al personaje Sab respecta, José Gomariz, Brígida Pastor y Lorna William sostienen que su estatus de esclavo y su exagerada abnegación a Carlota resalta su feminización. Sin embargo, existe otra opinión de la crítica que vindica la figura de Sab y la índole feminista y abolicionista de la novela. Ilia Casanova Marengo manifiesta que en “la ambigua caracterización del personaje (el mestizaje de Sab), su desterritorialización y el quiebre de la autoridad narrativa, la novela exhibe su dinámica de una manipulación y de resistencia frente al poder hegemónico peninsular” (48). Al igual que Casanova-Marengo, Doris Sommer ve la imprecisión racial de Sab como el aspecto más innovador de la novela, puesto que esa “desterritorialidad” plantea un nuevo concepto de la cubanía que se sale del dualismo determinista blanco vs negro. Si bien estos críticos revelan que el género en *Sab* ha sido ampliamente tratado, aún queda por profundizar en el papel de Sab a través del lente de los estudios masculinos. Esta cuestión, si bien ya ha sido tratada por Anita Gallers, analiza la masculinidad de Sab como un deseo de hombría frustrado, reprimido y negado por la esclavitud, y no como un atributo ya presente e implícito en él. Pero, para ser justos con Gallers, ella reafirma los momentos en la novela que muestran la sexualidad masculina de Sab. Sin embargo, encuentro problemático la ausencia de una teoría o teorías de la masculinidad que sustenten su argumento. Tomando este antecedente como punto de partida, sostengo que desde su marginalidad, Sab es capaz de desafiar y eclipsar la condición masculino-hegemónica de Enrique Otway, mostrando así las limitaciones y el esencialismo del concepto de “masculinidad hegemónica” que R. W. Connell define como “the configuration of gender practice which embodies the currently accepted answer to the problem of legitimacy of patriarchy, which guarantees (or is taken to guarantee) the dominant position of men and the subordination of women” (77). El desafío a la condición masculina-hegemónica de Enrique, quien es inglés, si bien innovadora en lo tocante a la lucha e igualdad de género, raza y clase, tampoco deja de ser limitado porque la autora no contrapone la superioridad masculina de Sab contra la de ningún español ni cuestiona su carácter hegemónico sobre los cubanos.

Sab cuenta la historia de Sab, un esclavo que goza de ciertos privilegios y que está enamorado de su prima Carlota, que es blanca. Existen dos impedimentos que no le permiten a Sab expresar el amor a su prima: su condición de esclavo y el amor que

ella siente por Enrique Otway, quien es hijo de un rico comerciante inglés y que está por casarse con ella. Cuando Jorge Otway, el padre de Enrique, se entera que Carlota pierde su herencia, él presiona a su hijo para que desista de su matrimonio. Sab, después de ganar la lotería y con ayuda de Teresa, la prima de Carlota, se vale para que Carlota reciba el billete creyendo que ha sido ella la ganadora. Una vez que Enrique se entera por medio de Sab que su prometida ha sido la afortunada, se decide por fin a casarse con ella. Sab muere producto del agotamiento que le produce llevar esta noticia a Enrique en un lapso de tiempo tan corto. Después que Carlota se casa con Enrique, ella se da cuenta que él es un ser vulgar y utilitario y termina despreciándolo. Al final de la obra, Teresa, quien se recluye en un convento de Carmelitas por su propia voluntad, le revela a Carlota el sacrificio que Sab hizo por ella. En tributo a este sacrificio a su persona, Carlota se muda al pueblo en Sierra de Cubitas en donde murió y está enterrado Sab.

Sab fue concebida en una época en que las tensiones entre los criollos cubanos y los peninsulares alcanzaban su punto más álgido. Dichas tensiones habían comenzado tres siglos antes, debido al monopolio comercial impuesto por España hacia sus colonias en América Latina y el Caribe mediante la Casa de Contratación de Sevilla fundada en 1503 (Ibarra y Rodríguez 85).¹ En un intento de obtener las concesiones pedidas a España, los criollos ricos cubanos impulsaron una serie de reformas que los beneficiaran. A los reformistas cubanos, sin embargo, no les interesaba la independencia porque eso suponía la casi segura pérdida de sus privilegios y de sus esclavos. Su mayor anhelo era que los impedimentos impuestos por la Casa de Contratación se flexibilizaran para así ellos poder desarrollarse y aumentar sus riquezas. La figura más destacada de este movimiento reformista fue Francisco de Arango y Parreño (Pruna 45; Gomariz 2004: 46).² Algunos de los acontecimientos que estaban tomando lugar en el Caribe y en América Latina fueron la Revolución de Haití en 1791, la rebelión en Cuba de José Antonio Aponte en 1812 (Yacou 33-34) y las guerras de independencia iniciadas en México por el sacerdote católico Miguel Hidalgo el 16 de septiembre de 1810. Cuba y Puerto Rico, a diferencia del resto de los países latinoamericanos que fueron colonia de España, no alcanzaron su independencia hasta 1898. Durante la primera mitad del siglo XIX en Cuba, criollos e

¹ Las colonias no podían comerciar con otro país que no fuera España. Naturalmente, estas restricciones afectaron el desarrollo y un mayor enriquecimiento de los criollos y los hacendados pudientes en Cuba, provocando su resentimiento y sus ansias de independencia.

² Según José Gomariz, "Francisco de Arango y Parreño (1765-1837) fue el mayor artífice de la modernización de Cuba a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX y uno de los principales gestores ante la Corona de los intereses de la oligarquía esclavista habanera a la cual pertenecía. Mediante sus gestiones para la libertad de comercio y del tráfico esclavista logró hacer de Cuba la colonia de mayor producción agrícola del Caribe" (2004: 46).

intelectuales como Gaspar Cisneros Betancourt y José Antonio Saco optaron por la anexión a Estados Unidos o la obtención de algunas reformas por parte de la metrópoli, lo cual evitaría una guerra inevitable y de esa manera los vínculos colonia-metrópolis continuarían sin mayores inconvenientes (Cruz-Taura 95-97). Sin embargo, la crisis económica que atravesó la isla entre 1867 y 1868 derivó en la primera Guerra de Independencia (1868-1878), conocida también como la Guerra de los diez años. Gertrudis Gómez de Avellaneda comenzó a escribir *Sab* culminada la primera Guerra Carlista (1834-1838), dos años después de haber abandonado a Cuba para asentarse con su familia en España. También Gran Bretaña había abolido la esclavitud en sus colonias americanas y comenzó a presionar a España para que hiciese lo mismo en Cuba. Mientras tanto, en Cuba se gestaba una “primitiva narrativa antiesclavista” producto de las tertulias literarias lideradas por el crítico y patrón cultural Domingo del Monte (1804-1853), quien motivó al mestizo y ex-esclavo Juan Francisco Manzano a que escribiera su *Autobiografía*, que fue publicada por el abolicionista Richard Madden en 1840. Otros mestizos que formaron parte de la narrativa antiesclavista en Cuba fueron Félix Tanco Bosmoniel y Anselmo Suárez y Romero. En 1844, la oligarquía esclavista cubana, en combinación con las autoridades peninsulares, concibieron una conspiración conocida como La Escalera, para así frenar la influencia de los criollos abolicionistas y de algunos negros y mestizos libres. El objetivo de esta conspiración fue, también, escarmentar a los esclavos que ya se habían rebelado en varias ocasiones. Pese a que nunca se encontró prueba alguna de dicho complot, varios fueron fusilados, cientos fueron encarcelados por largo tiempo y otros fueron desterrados, como Domingo del Monte y Juan Francisco Manzano (Luis 176).

Aunque la esclavitud africana estuvo presente en Cuba desde principios del siglo XVI, no fue hasta 1804 y 1805 que se convirtió en una institución importante después que los ingenios azucareros en Haití fueron destruidos por los esclavos rebeldes durante la Revolución haitiana (1791-1804).³ Los colonos franceses que salieron huyendo de Haití y que emigraron a Cuba llevaron consigo su dinero y sus conocimientos sobre la industria azucarera. Cuba recibió con los brazos abiertos a estos colonos y mientras tanto aprovechó la oportunidad para convertirse en la nueva potencia azucarera del Caribe. Este evento a su vez motivó una mayor importación de esclavos a la isla, al punto que la población negra en Cuba llegó a sobrepasar a la blanca. De ese modo, el enorme legado que trajeron los negros esclavos al mezclarse con el de los españoles derivó en un amalgamamiento cultural, social, racial y mestizo que definiría a la identidad de los cubanos. La mezcla de

³ Ver *The Cuba Libre Story*, S1: E1.

blancos y negros producto de la colonización española y de la importación de esclavos a la isla, inició una segregación racial que puso en desventaja a los individuos de la raza negra y también a aquellos mestizos que como Sab, tuvieran descendencia negroide por parte de uno de sus progenitores.⁴

Sab vs Enrique Otway: La superioridad de Sab

Desde su condición de mestizo, pero también en lo que lo diferencia de los otros esclavos y en lo que lo hace superior a algunos individuos de la clase blanca dominante, Sab socava el “esquema étnico metropolitano” propuesto por Ilia Casanova-Marengo, que no es más que la concepción maniquea colonial que asociaba a la raza blanca con lo bueno y a la negra con lo malo. La autora establece las características raciales que distinguen a Sab desde el principio de la novela, cuando Sab y Enrique tienen su primer encuentro en el campo: “[n]o parecía un criollo blanco, tampoco era negro ni podía creérsele descendiente de los primeros habitantes de las Antillas” (Gómez de Avellaneda 1841: 27). Cuando Enrique y Sab se encuentran por primera vez al principio de la novela, el británico reconoce que había confundido a Sab con un propietario, debido a la coloración tan clara de su piel y a su aura de nobleza. De hecho, Enrique piensa que él posee un “aire tan poco común en [s]u clase” (Gómez de Avellaneda 1841: 31), reafirmando así el carácter de superioridad que distingue a Sab de los demás esclavos. Durante el periodo colonial en Cuba la coloración mulata, pese a que no estaba a la misma altura que la blanca, era preferible a la negra. El individuo de color mulato es producto de la unión entre uno de complejión blanca y otro de complejión negra (como los padres de Sab) o mulata. Estas mezclas ocurrían en gran parte a través de “[l]as violaciones de las esclavas” (Gomariz 2009: 103) por sus dueños blancos. En el caso de Cuba, la superioridad que existía entre el color mulato y el negro puede entenderse mediante el proceso de “blanqueamiento” que según José Gomariz, fue llevada a cabo por los intelectuales reformistas cubanos en el siglo XIX que deseaban “blanquear la población para convertir a Cuba en la colonia más europea de América” (2009: 101). Gomariz también plantea que “[e]l blanqueamiento no sólo se refiere al color de la piel, sino a los valores, a las prácticas culturales, al sistema económico, a las costumbres sociales europeas de la época identificadas en el pensamiento hegemónico con la modernización y el progreso” (2009: 101). Después de observar este planteamiento de Gomariz, se puede entender por qué Gómez de Avellaneda le otorga a Sab una coloración más blanca que al resto de los esclavos y,

⁴ La autora da a entender que Sab era el hijo bastardo que don Luis B, hermano de Carlos B, había tenido con una esclava que había sido “libre y princesa” en su nación de origen.

también, más privilegios y clase. Esto nos indica que por más que la autora denuncia las injusticias de la esclavitud, tampoco fue capaz de prescindir del prejuicio racial que caracterizó a los intelectuales reformistas como los del círculo de Domingo del Monte.

La superioridad de Sab no sólo comprende su condición racial de mestizo, que a veces lo hace pasar por blanco, sino también la posición que desempeña en el ingenio Bellavista en donde funge como mayoral,⁵ un cargo que por lo general lo ejercían los blancos. A diferencia de muchos mayorales, Sab es amable con los esclavos y no le impone duras labores.⁶ Con todo y eso, el ingenio Bellavista es muy productivo y rentable bajo su mando. Sab debe su suerte más afortunada a la de los otros esclavos al estar emparentado con don Luis, el hermano finado de don Carlos, quien es amo y señor del ingenio y la finca Bellavista. Es importante mencionar que “[t]he identity of the slave Sab is the product of the process known in the Caribbean as *blanqueamiento* or whitening. His mother was an African slave, and his father was a white man” (Rodríguez 403). Por esa razón, no resulta aventurado pensar que la intención de Gertrudis Gómez de Avellaneda de blanquear y ennoblecer a Sab refleja las ideas de los intelectuales⁷ y “reformistas cubanos [que] concebían [a] la sociedad cubana a su imagen y semejanza: una nación racial y culturalmente homogénea poblada exclusivamente con descendencia europea” (Gomariz 2009: 101), aunque “probablemente no alcanzó a tener contacto con el grupo de Domingo del Monte” (Girona Fibla 125).

⁵ Según la RAE, el término mayoral/la, derivado de mayor, se asocia con individuos que desempeñan un cargo superior y administrativo dentro de una comunidad. Lo mismo puede ser en cuestiones relacionadas con la agricultura, la ganadería, en las galeras, donde este individuo era quien estaba a cargo de dirigir el tiro de mula los caballos; el que administraba el cobro de diezmos, rentas, limosnas; el dirigente en las cuadrillas de cavadores o segadores; el que administraba las casas de beneficencia y hospitales, etc. En la Cuba colonial y esclavista, el mayoral era la persona encargada de administrar el funcionamiento y la productividad de los ingenios azucareros y quien imponía el orden a los esclavos. Por lo general, la figura del mayoral era para los esclavos símbolo de temor, crueldad y explotación.

⁶ La mano de obra esclava fue suplantada en Cuba y en el Caribe a partir del siglo XVI, a causa del rápido exterminio de la población aborigen por parte de los colonizadores. Estos esclavos, provenientes de regiones del oeste africano, eran prisioneros que intercambiaban las tribus con europeos dedicados al tráfico humano conocidos como “negreros”. La esclavitud se convirtió en la principal base económica de Cuba al igual que otros países de la región caribeña. De hecho, “[l]a riqueza de las colonias americanas estuvo vinculada desde sus orígenes al trabajo esclavo, cuya rentabilidad fue viable en Cuba hasta la abolición de la esclavitud” (Gomariz 2004: 47).

⁷ El intelectual y patrón de las artes Domingo del Monte (1804-1853), a pesar de pronunciarse en contra de la trata negrera en Cuba y de promocionar la obra del escritor mulato Juan Francisco Manzano, creía necesario poblar a Cuba con europeos blancos y, mientras estaba en su destierro en Francia, él le encomendó a su familia que no dejasen a su hijo Miguel relacionarse con negros (Gomariz 2009: 103).

Antes de morir, don Luis le encomendó a su hermano don Carlos que proveyera a Sab de los cuidados necesarios. Es por esa razón que Sab recibió una educación de pequeño que le ha permitido leer y escribir. Él también (como se lo hace saber a Enrique) tiene acceso absoluto a la biblioteca personal de don Carlos. Sab le hace saber a Enrique que él ha ejercido oficios propios de los negros libres como el de “calesero”⁸ y que lleva dos años trabajando como administrador de Bellavista por su propia elección. Pero lo más importante es que Sab ha tenido la oportunidad de ser libre. Aun así, él ha rechazado en varias ocasiones ese privilegio porque su mayor deseo es estar al lado de su prima Carlota, a quien ama con un delirio romántico: “soy esclavo suyo, y quiero vivir y morir en su servicio” (Gómez de Avellaneda 1841: 35).

El hecho de que Sab sea un individuo “escriturado” desde su infancia, con acceso a libros, con la movilidad suficiente para desempeñar oficios reservados a los negros y mulatos libres y a los blancos y de no querer ser libre por elección propia, da a entender que es un esclavo con agenciamiento. Sin embargo, Sab se lamenta de su *mulatez*. La auto marginación de la que Sab se hace objeto cuando le dice a Enrique que él pertenece “a aquella raza desventurada sin derechos de hombres” (Gómez de Avellaneda 1841: 31), se debe al convencimiento de que su determinismo racial siempre lo perseguirá dejándole un vacío espiritual inmenso. La causa principal de este determinismo racial que lo condena estriba en que “he was born of a slave woman and the *ley del vientre* applied to him. This law made any child born of a slave woman also a slave, in spite of the fact that some of these children were sons and daughters of white masters” (Rodríguez 403). La fatalidad de no ser ni lo uno ni lo otro (ni blanco ni negro, ni esclavo ni hombre libre), de tener una piel “opaca y siniestra” y en “su cabeza una fuerza pensadora” (Gómez de Avellaneda 1841: 153), le atormenta y le ensombrece el carácter. “In this way, torn between two realities, Sab does not belong to either: he is not a slave like the others, but neither he is integrated in the white society” (Pastor 1997: 191). Él, para colmo, sabe que su condición de mulato nunca le permitirá obtener el amor de Carlota ni de ninguna mujer blanca como se lo expresa a Teresa: “Una maldición terrible pesa sobre mi existencia y está impresa en mi frente. Ninguna mujer puede amarme, ninguna querrá unir su suerte a la del pobre mulato, seguir sus pasos y consolar sus dolores” (Gómez de Avellaneda 1841: 154).

Esa ambigüedad racial y social, aunque resulta extremadamente dolorosa para Sab, muestra el menoscabo al “esquema étnico metropolitano” que relegaba a quien no

⁸ Individuo que conduce calesas.

fuera blanco. Pero gracias a su condición indeterminada y al privilegio de poder contar con la protección de don Carlos, él puede gozar de ciertos derechos reservados a los blancos y en menor medida a los negros libres. Por otro lado, la hibridez racial de Sab “places the novel ahead of its time as it prefigures the postcolonial perception of the mulatto as the true [...] icon of the Cuban national identity” (Williams 2008: 173). En otras palabras, la ambigüedad étnica de Sab, su falta de sitio entre los blancos y los negros, circunstancia que aunque aparentemente parezca un no ser ni lo uno (blanco) ni lo otro (negro), en realidad es, como indica Ilia Casanova-Marengo, el “puente transculturador de lo blanco y lo negro” (60) que constituye la base principal de la sociedad y la cultura cubana derivada del amalgamiento de diferentes razas y culturas que ya estaba en gestación.

Sab socava el “esquema étnico metropolitano” mostrando cómo los rasgos de su personalidad lo hacen superior a otros individuos de la clase blanca dominante como Enrique Otway. Durante toda la novela, Gertrudis Gómez de Avellaneda se asegura de anteponer la inocencia, el amor romántico y el desinterés por encima de la codicia y la rapacidad que Enrique Otway y su padre representan. Carlota y Sab encarnan los sentimientos más nobles pero terminan siendo vencidos por la ambición de los ingleses y por las faltas de alternativas que el sistema hegemónico peninsular impone a los más oprimidos. Hasta el final de la novela en que Carlota se da cuenta de las verdaderas intenciones de Enrique, ella siempre actúa movida por el más extremo candor y adoración por su amado. La obsesión y el delirio que Sab profesa a Carlota sobrepasa todos los límites de lo imaginable. Así, mediante el contraste que se establece en la novela entre las personalidades de Sab y Carlota vs las de Enrique y Jorge Otway, queda claro que la autora minusvalora la figura de los dos ingleses. La dicotomía que Gómez de Avellaneda establece entre el binomio Sab-Carlota vs los dos británicos se puede interpretar como una crítica al capitalismo utilitario que los dos últimos encarnan. Si bien la ambición de Enrique y su padre terminan sobreponiéndose a los sentimientos nobles de Sab y de Carlota, al final de la novela Carlota, a modo de sacrificio póstumo, decide acabar sus días cerca del lugar donde se encuentra enterrado Sab después de leer su carta (la de Sab) que le entrega Teresa antes de morir en el convento. De esa manera, el real vencedor es el espíritu romántico que une las almas del mulato y la bella joven.

Excepto por el color de su piel, la autora resalta la superioridad de Sab en casi todos los aspectos con respecto a Enrique. Él (Sab) tiene la capacidad de amar desinteresadamente, de anteponer sus propios intereses por los de su amada al renunciar a su libertad en varias ocasiones y a un futuro más próspero, puesto que

él le dona de manera anónima el billete ganador de la lotería a Carlota para motivar a Enrique a casarse con ella. Aunque estas cualidades altruistas y sobre todo su condición de esclavo han sido interpretadas como una feminización (Gomariz 2009: 107-108; Pastor 2003: 68-69 y Williams 1993: 4), existen suficientes indicios de que Sab no es tan femenino como estos críticos lo describen. De hecho, una cualidad que muestra la superioridad de Sab sobre Enrique es su fortaleza física y su capacidad para sobrevivir a los peligros. En la escena de la tormenta en el capítulo V de la primera parte de la novela, se puede observar cómo Sab, a pesar de tener un estatus social inferior al de Enrique, tiene todos los medios y el poder para reducirlo. Al Sab verlo tirado en el suelo inconsciente y desvalido piensa:

Helo aquí a mis pies, sin voz, sin conocimiento, a este hombre aborrecido. Una voluntad le reduciría a la nada, y esa voluntad es la mía... ¡La mía, pobre esclavo de quien él no sospecha que tenga un alma superior a la suya... capaz de amar, capaz de aborrecer... un alma que supiera ser grande y virtuosa y que ahora puede ser criminal! ¡He aquí tendido ese hombre que no debe levantarse más! (Gómez de Avellaneda 1841: 64)

Enrique, al no estar acostumbrado a capear los obstáculos y peligros del monte, no puede resistir los embates de la tormenta y cae malherido de su caballo después de chocar su cabeza contra unas ramas. La imagen que describe cómo Sab “con un brazo vigoroso levantó en el aire, como una ligera paja el cuerpo esbelto y delicado del joven inglés” (Gómez de Avellaneda 1841: 64), muestra a Enrique débil y vulnerable y a Sab fuerte y poderoso. Según el orden jerárquico que establece el concepto de la “masculinidad hegemónica” de R. W Connell, Enrique Otway al ser blanco, heterosexual y con un considerable poder económico, representa al ideal hegemónico masculino. Sab, al ser mulato y esclavo, simboliza una “masculinidad marginalizada” y “subordinada”. Visto desde la óptica racial y de género, la “masculinidad hegemónica” establece su dominio sobre la “masculinidad marginalizada” y “subordinada” de la siguiente manera: blancos supremacistas vs negros, mulatos y otros grupos étnicos minoritarios; hombres vs mujeres/gays/ transexuales y otras variantes feminizadas del género. El razonamiento de Lorna V. Williams, el cual manifiesta que “[t]he reductive logic of racial difference compels the slave to be less than a man, because only slaveholders were deemed to be men” (1993: 9), incluye a Sab en la categoría de “masculinidad subordinada” que según Connell, es dominada por la “masculinidad hegemónica” (78). Sin embargo, esta escena de la tormenta en la novela también evidencia que la índole esencialista del concepto “masculinidad hegemónica” es fácilmente rebatible al evidenciar que los más poderosos no son tan poderosos ni los más débiles son tan débiles.

La autora también destaca la superioridad de Sab sobre Enrique en los “actos de hombría” que el mulato ostenta a lo largo de la novela. Aparte de la escena de la tormenta, esta cualidad también se hace patente en el modo en que él monta su caballo. En el capítulo tercero de la segunda parte de la novela, cuando Sab le entrega a Enrique la carta de don Carlos en donde le informa sobre su inminente partida hacia la Habana y del golpe de suerte que ha recibido Carlota al ganar el premio mayor de la lotería de cuarenta mil duros, Sab le hace saber que ha recorrido un total de diez leguas⁹ en sólo cuatro horas. Diez leguas es la distancia que separa al ingenio Bellavista del puerto de Guanaja donde se encuentran Sab y Enrique. Es decir, Sab fue capaz de recorrer en su caballo una considerable distancia en un tiempo muy corto. Teniendo en cuenta las dificultades del camino, ya que para viajar de Bellavista hasta el puerto de Guanaja había que hacerlo atravesando montes, no sería exagerado decir que recorrer esa distancia en un caballo es de una proeza física propia de un atleta excepcional. Una proeza no exenta de innumerables riesgos. En su estudio “Men, Masculinity, and Manhood Acts” (2009), Douglas Schrock y Michael Schwalbe comentan que uno de los modos en que los hombres exhiben su masculinidad es “[by] suffering long hours of work to meet production goals and to establish a reputation for unique expertise” (287). Si se compara esta referencia de Schrock y Schwalbe con la acción de Sab se puede equiparar “la meta de producción” con la tarea de hacer llegar la carta de don Carlos a Enrique en el menor lapso de tiempo posible, la cual acaba siendo cuatro horas; y la reputación de una destreza única con el talento de Sab como jinete.

Como se mencionó más arriba, la distancia que recorre Sab en su caballo en un intervalo de tiempo tan corto, atravesando un espacio lleno de obstáculos y de peligros (el monte) supone un riesgo muy alto. A su vez, el despliegue de masculinidad de Sab muestra un final muy común de los hombres que se involucran en este tipo de prácticas: la muerte y en el mejor de los casos el dolor físico y psicológico, la discapacidad física o el presidio. En la novela, Sab acaba muriendo producto del agotamiento físico que le produce estas carreras tan intensas en su caballo. La hombría de Sab también es patente en la posición de administrador y mayoral que él desempeña en Bellavista y en el resto de las propiedades de don Carlos. A pesar de que don Carlos es el amo absoluto, el patriarca, su actitud apática y su falta de carácter “autoriza” a Sab¹⁰ a convertirse en la figura máxima capaz de

⁹ El equivalente de una legua en millas es 2.6. La conversión de una legua es kilómetros es 4.180 metros.

¹⁰ Según Demetrakis Z. Demetriou, Connell “coins the very useful term “authorization” to suggest that the hegemonic model may authorize some elements of subordinated or marginalized masculinities” (346). La relación que existe entre Sab y Carlos de B también se puede interpretar como lo que Connell llama “another relationship among groups of men, the relationship of complicity with the hegemonic project.

lograr la obediencia de los otros esclavos y la rentabilidad de sus negocios. De esta forma, Sab ejerce un rol hegemónico dentro de su grupo. Sin embargo, la “autorización” que don Carlos le confiere a Sab no lo exime de su condición marginal porque “[m]arginalization is always relative to the authorization of the hegemonic masculinity of the dominant group” (Connell 80-81). Esta circunstancia que muestra las dotes naturales para el mando de Sab, sumada con la superioridad que él posee sobre Enrique, evidencia que el color de su piel y el azar de haber nacido del vientre de una mujer de color lo priva de gozar los mismos privilegios que los individuos de la clase blanca dominante, aunque éstos sean menos talentosos y competentes que él. Esta circunstancia también resalta cuán importante es el cuerpo en la construcción de los géneros. La coloración casi blanca de Sab le permite ocupar una posición hegemónica siempre y cuando obtenga la “autorización” de los entes hegemónicos más altos en la jerarquía social (don Carlos). Así mismo, su gran fortaleza, contrastada con la condición endeble de Enrique, aumenta el efecto de su empoderamiento masculino. Aunque Gertrudis Gómez de Avellaneda se sirve de las diferencias y preceptos normativos para construir el género de Sab, diferencias y preceptos que según West y Zimmerman “are used to reinforce the “essentialness” of gender” (137), es justo reconocer que la mulatez de Sab y su superioridad física e intelectual en comparación con la de algunos blancos como Enrique, constituye un claro desafío a la construcción del género dentro de un plano masculino hegemónico, puesto que Sab tiene privilegios y acceso a posiciones hegemónicas que sólo los blancos pueden ejercer.

Por otro lado, el hecho de que Gertrudis Gómez de Avellaneda resalte la superioridad de Sab sobre Enrique y no sobre la de ningún español debilita la crítica al sistema hegemónico peninsular cuando rechaza la esclavitud y a la situación de la mujer. Por tanto, concuerdo con la opinión de William Luis de que la relación entre Carlota y Enrique, además de mostrar el amor que ambos sienten, acentúa más sus diferencias: “The British are considered cold and rational, and the Spanish (or Cuban) are more spiritual and emotional. Enrique is distant and materialistic, Carlota is more sensitive, warm, and idealistic” (179). Pienso que el antagonismo que la autora establece entre la relación de Carlota y Enrique es similar al de Sab y Enrique, si se toma en consideración que tanto Carlota como Sab tienen rasgos de la autora y de otras personas que estuvieron cercanas a ella.¹¹ Aunque la opinión que

Masculinities constructed in ways that realize the patriarchal dividend, without the tensions or risks of being the front-line troops of patriarchy, are complicit in this sense” (79).

¹¹ En su *Autobiografía* (1907), fecha en que Lorenzo Cruz de Fuentes publicó la primera edición de *Autobiografía y Cartas* dedicada a Ignacio Cepeda, se evidencia cómo algunas circunstancias y los rasgos de algunas personas le sirvieron a la autora para construir los personajes de Carlota y Sab. Por ejemplo, la

Gertrudis Gómez de Avellaneda “simultaneously presents the Englishman as an intrusive presence that disrupts the authentic link between the Cuban people and their land” (Williams 1993: 10) no deja de ser parcialmente cierta, pienso que Gertrudis Gómez de Avellaneda no problematiza lo suficiente este asunto. Esto quiere decir que la actitud crítica de la autora hacia la figura de Enrique más bien se limita a defender sus convicciones personales, su idealismo y otros aspectos relacionados con su yo. Por otro lado, la desaprobación que Gómez de Avellaneda muestra con la conducta rapaz de Otway padre e hijo es un rechazo abierto al capitalismo utilitario que ambos personajes representan. En cuanto a su actitud con la suerte de los esclavos y otras arbitrariedades cometidas por el sistema hegemónico peninsular, concuerdo con el razonamiento de Susan Isabel Stein que indica que “the real social injustices under attack have been eclipsed by the protagonist’s personal tragedies by the end of the novel” (156). Por ese motivo, sostengo que Gómez de Avellaneda en realidad no le preocupa cambiar la estructura de la sociedad, puesto que todo continúa igual para los esclavos. Más bien creo que su mayor interés es resaltar el carácter romántico y exaltado que caracteriza a la novela *Sab*.

Conclusión

Se ha visto que Sab, a pesar de ser un esclavo, despliega una gran fortaleza física y posee los conocimientos necesarios para afrontar los peligros en el monte que Enrique Otway desconoce. Esta desventaja del inglés lo hace vulnerable ante Sab quien, pudiendo asesinarlo, le salva la vida en una ocasión. Esta paradoja muestra las limitaciones y el esencialismo del concepto “masculinidad hegemónica” planteado por R. W. Connell. La destreza como jinete de Sab y la actitud extrema que él adopta en pos de alcanzar una meta difícil, lo equipara con el comportamiento de algunos hombres que se someten a largas horas de sufrimiento en su trabajo para probar su hombría y su reputación profesional. La actitud suicida de Sab y su trágico

profunda melancolía que es tan característica en Sab era muy frecuente en ella cuando niña debido a la tristeza que le causó la muerte de su padre. Enrique Otway tiene mucha semejanza con el joven camagüeyano con el que su familia la comprometió y del que ella en un principio se enamoró locamente. Este individuo, según la autora, era el mejor partido de Puerto Príncipe. Sin embargo, muy pronto ella cayó en la cuenta de que no era tan perfecto como lo imaginaba y se olvidó de él. También cuenta la autora que conoció a una prima que fue educada en un convento. Esta prima pudo inspirar al personaje de su prima Teresa, que al final de la novela se recluye en un convento. Cuando sus amigas las Carmona y su prima se comprometieron, la autora comenzó a sentir “celos y envidia”. Estos mismos sentimientos también hicieron eco en el personaje de Teresa en *Sab*, quien sentía envidia de su prima Carlota. Su prima Angélica, semejante a como le sucedió a Carlota con Enrique, sufrió un desengaño amoroso con su marido.

final también es comparable con la suerte de muchos hombres que se involucran en este tipo de prácticas extremas: la muerte, el dolor físico y psicológico, la discapacidad física y la cárcel. La complexión mulata de Sab y su parentesco con don Luis, el hermano finado de Carlos de B, y la “autorización” que le otorga Carlos de B para que maneje sus negocios, le permite ejercer puestos como el de mayoral, cargo que por lo general ejercían individuos blancos y españoles. Sab también puede desempeñar oficios realizados por negros libres como el de calesero, y lo que es más importante, tiene la opción de ser libre cuando le plazca. Sin embargo, él prefiere la esclavitud para estar cerca de su prima Carlota. Pese a que Enrique acaba imponiendo su voluntad hegemónica sobre Carlota y Sab, el hecho de que Carlota, en honor al recuerdo y al amor de Sab se muda para Sierra de Cubitas cerca de donde él se encuentra enterrado, convierte a Sab y al espíritu romántico en los verdaderos vencedores en esta historia. Por otro lado, si bien estas características de Sab ofrecen una perspectiva indeterminista de su condición esclava, racial y mestiza, Gómez de Avellaneda no es lo suficientemente crítica con el sistema hegemónico peninsular, puesto que no propone una solución viable al fin de la esclavitud y a la independencia de los cubanos. Su descontento más bien se circunscribe a la situación de las mujeres en una sociedad patriarcal como lo era la Cuba decimonónica y al dominio y utilitarismo del imperio británico.

Obras Citadas

“Breaking Chains.” *The Cuba Libre Story*, season 1, episode 1, 16 Feb. 2019. Netflix, www.netflix.com/watch/80117385.

Casanova-Marengo, Iliá. *El intersticio de la colonia : ruptura y mediación en la narrativa antiesclavista cubana*. Iberoamericana, 2002.

Connell, R. W. “The Social Organization of Masculinity in *Masculinities*, *Second Edition*, edited by R. W. Connell. University of California Press. 2005.

Cruz-Tauro, Graciella. “Annexation and National Identity: Cuba’s Mid-Nineteenth-Century Debate.” *Cuban studies* 27, 1998, pp. 90–109.

Demetriou, Demetrakis Z. “Connell’s Concept of Hegemonic Masculinity: A Critique.” *Theory and society* 30.3, 2001, pp. 337–361.

Gallars, Anita. “Enslavement and Masculinity in Afro-Hispanic Narrative.” *ProQuest Dissertations Publishing*, 2000.

- Girona Fibla, Nuria. "Amos y esclavos: ¿Quién habla en *Sab* de Gertrudis Gómez de Avellaneda?" *Cuadernos de literatura* (Bogotá, Colombia) 17.33, 2013, pp. 121–140.
- Gomariz, José. "Gertrudis Gómez de Avellaneda y la intelectualidad reformista cubana. Raza, blanqueamiento e identidad cultural en 'Sab.'" *Caribbean studies* 37.1, 2009, pp. 97–118.
- Gómez de Avellaneda, Gertrudis Gómez de. *Sab*. CASA, Fondo Editorial Casa de las Américas, 2014.
- . *Autobiografía y cartas (hasta ahora inéditas) de la ilustre poetisa Gertrudis Gómez de Avellaneda / con un prólogo y una necrología por D. Lorenzo Cruz de Fuentes. CervantesVirtual*, <http://www.cervantesvirtual.com/obra/autobiografia-y-cartas-hasta-ahora-ineditas-de-la-ilustre-poetisa-gertrudis-gomez-de-avellaneda—0/>.
- Ibarra y Rodríguez, Eduardo. "Los precedentes de la Casa de Contratación de Sevilla." *Revista de Indias* 2.1, 1941, pp. 85–87.
- . "Francisco de Arango y Parreño: El discurso esclavista de la ilustración cubana." *Cuban studies* 35, 2004, pp. 45–61.
- Luis, William. "How to Read *Sab*." *Revista de estudios hispánicos* (University, Ala.) 32.1, 1998, pp. 175–186.
- Manzano, Juan Francisco, and William Luis. *Autobiografía Del Esclavo Poeta y Otros Escritos*. Madrid: Iberoamericana, 2007.
- Pastor, Brígida. "Symbiosis Between Slavery and Feminism in Gertrudis Gómez de Avellaneda's *Sab*?" *Bulletin of Latin American research* 16.2, 1997, pp. 187–196.
- . *Fashioning Feminism in Cuba and Beyond: The Prose of Gertrudis Gómez de Avellaneda*. P. Lang, 2003.
- Pruna, Pedro M. "Los inicios del movimiento científico en Cuba: Las raíces históricas del pueblo cubano (I)." *Arbor* 139.147-148, 1991, pp. 39–54.

Polifonía

- Linda M. Rodríguez. "Gertrudis Gómez de Avellaneda's *Sab*: The Fate of the Slave in Nineteenth-Century Cuba." *Caribbean studies* 27.3/4, 1994, pp. 402–404.
- Schrock, Douglas, and Michael Schwalbe. "Men, Masculinity, and Manhood Acts." *Annual review of sociology* 35.1, 2009, pp. 277–295.
- Sommer, Doris. "White-Out: Erasing Sab from Her Life's Work." *Romance studies : a journal of the University of Wales* 32.4, 2014, pp. 245–258.
- Stein, Susan Isabel. "Gertrudis Gómez de Avellaneda's Bourgeois Liberal 'Sab' Story." *Revista de estudios hispánicos* (University, Ala.) 32.1, 1998, p. 153–.
- Torres-Pou, Joan. "La ambigüedad del mensaje feminista de *Sab* de Gertrudis Gómez de Avellaneda." *Letras Femeninas* 19.1/2, 1993, pp. 55–64.
- West, Candance, and Don H, Zimmerman. "Doing Gender." *Gender & society* 1.2, 1987, pp. 125–151.
- Williams, Claudette. "Cuban Anti-Slavery Narrative through Postcolonial Eyes: Gertrudis Gómez de Avellaneda's *Sab*." *Bulletin of Latin American Research* 27.2, 2008, pp. 155–175.
- Williams, Lorna V. "The Feminized Slave in Gómez de Avellaneda's *Sab* (1841)." *Revista de estudios hispánicos* (University, Ala.) 27.1, 1993, p. 3–.
- Yacou, Alain. "La insurgencia negra en la isla de Cuba en la primera mitad del siglo XIX." *Revista de Indias* 53.197, 1993, pp. 23–51.